Texto 5: Temas bíblicos (153 págs.)

Resumen

Este texto ofrece un amplio estudio teológico, apocalíptico y hermenéutico de los escritos bíblicos. Mientras que los enfoques modernos o racionalistas suelen reducir los milagros y las visiones bíblicas a simples figuras retóricas o mitos, el autor destaca la dimensión «vertical» o apocalíptica de la realidad: los acontecimientos invisibles, divinos y ocultos que gobiernan y explican, en profundidad, la historia visible y los destinos humanos. El texto puede dividirse en seis grandes temas interrelacionados.

1. Profecía, mántica y hermenéutica

Según el texto, los profetas y autores bíblicos poseían una capacidad mántica: la facultad de recibir conocimientos sobrenaturales a través de una voz interior, intuiciones o visiones nocturnas. Para interpretar correctamente estos textos proféticos (hermenéutica), no deben explicarse arbitrariamente a partir de presupuestos externos, sino que es necesario partir de los *axiomata* religiosos de los propios autores.

En la Biblia, Dios no habla únicamente de forma directa, sino que recurre con frecuencia a ángeles e intermediarios que actúan como «intérpretes» (interpretantes). Estos aclaran las obligaciones éticas del ser humano, intervienen en situaciones límite, como una enfermedad o un peligro mortal, y modifican el destino humano.

2. Teofanía, juicios divinos y Decálogo

Un elemento central de la teología del Antiguo Testamento es la teofanía (la manifestación de Dios), mediante la cual Dios revela su omnipotencia a través de hierofanías y kratofanías. Esto se manifiesta, entre otras cosas, en fenómenos naturales impresionantes, como el fuego celestial, las tormentas y las tinieblas, que a menudo sirven como juicios divinos contra quienes se apartan de Dios.

El texto subraya la distinción fundamental entre lo sagrado y lo profano, así como entre lo puro y lo impuro. El eje ético de esta distinción es el Decálogo (los Diez Mandamientos). Los mandamientos constituyen un código de conducta cósmico y espiritual; las transgresiones del Decálogo provocan inevitablemente la «venganza» divina o el restablecimiento del orden y conducen al declive tanto de los individuos como de civilizaciones enteras.

3. Libertad, pecado y transmisión del destino (Tôledôt)

El ser humano está constituido por la «carne» (el aspecto biológico alejado de Dios) y necesita el «espíritu» divino (*roeah*, fuerza vital) para vivir

verdaderamente. Aunque Dios creó al ser humano con una libertad radical para elegir su propio camino, la ley de la siembra y la cosecha se aplica inexorablemente: quien siembra en la carne cosecha destrucción y el *Sheol* (el reino de los muertos), mientras que quien siembra en el Espíritu recibe la vida eterna.

Mediante el concepto de *tôledôt* (genealogía o historia de los descendientes), el autor muestra cómo no solo las características biológicas, sino también la culpa ética, las fuerzas ocultas y los vínculos del destino se transmiten de generación en generación. A causa del pecado original de Adán, la humanidad está sometida al pecado original y a la muerte, por lo que incluso la creación material gime bajo el peso de la corrupción y anhela la redención.

4. El trasfondo oculto: el Sheol, Satanás y los elementos del mundo

El texto analiza la estructura oculta y secreta del mundo. El Sheol es el reino subterráneo de los muertos, habitado por sombras consumidas y demacradas (*refaim*). Como carece de la fuerza vital divina, el Sheol se comporta como una *aluka* insaciable (vampiro o chupasangre) que intenta absorber la fuerza vital de los vivos. Los desiertos y las ruinas se describen como lugares de residencia de espíritus impuros y demonios.

Además, Pablo afirma que la humanidad caída y los gobernantes de este mundo están influidos por Satanás y por los «elementos de este mundo»: fuerzas cósmicas y sistemas religioso-legales que mantienen al ser humano en esclavitud.

5. Jesús como Siervo, vidente y exorcista

En el Nuevo Testamento, Jesús cumple los grandes modelos del Antiguo Testamento: el Siervo sufriente de Yahvé (*Ebed Yahweh*), el Hijo del Hombre de Daniel y la «señal de Jonás». Como «vidente», Jesús penetra en los pensamientos ocultos y en los corazones de las personas.

Mediante su *dunamis* (fuerza vital divina), expulsa demonios y cura a los enfermos mediante el contacto o la palabra. Actúa como el verdadero intérprete del destino humano. A diferencia de la *aluka*, que absorbe la fuerza vital, Jesús la concede y perdona primero los pecados para restaurar el alma. En la Eucaristía establece la presencia real de su sacrificio y de su fuerza vital.

6. Resurrección, el Kurios y la Santísima Trinidad

La exaltación de Jesús (su glorificación) comprende su muerte en la cruz, su descenso al Sheol —donde aborda las causas primordiales del mal— y su resurrección. Mediante su resurrección volvieron a la vida no solo su cuerpo espiritual, sino también su cuerpo biológico. Como *Kurios* (Señor) exaltado, se

sienta a la derecha de Dios y somete a su autoridad a todos los ángeles cósmicos, poderes, fuerzas y dominios (*archai, exousiai, dunameis, kuriotetes*).

En Pentecostés, el Señor resucitado derrama el Espíritu Santo sobre «toda carne». El Espíritu Santo actúa como guía hacia la verdad: instruye interiormente a los creyentes, los libera de los elementos legalistas y les concede dones carismáticos. De este modo, llegan a su plenitud toda la historia divina de la salvación y la revelación de la Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo).